

CXXVIII.

Aquí dejamos de transcribir las memorias, y seguimos el cortado hilo de nuestra narración.

Era una tarde del mes de mayo. María, vestida de luto, llorosa, se entretenía en arreglar sus flores, que cuidadosamente cultivaba; entretejiendo en la ventana una como cortina de jazmines, cuyo espeso follaje apenas dejaba paso á los ardientes rayos del sol, que tenían con luminosos resplandores la hermosa frente de la hermosa joven cual si quisieran competir con sus dorados cabellos. Vivía sola en el mundo. Su padre acababa de morir bajo el peso de sus inmensos dolores. Antonio entregado siempre á su trabajo, no reposaba ni un instante en casa, contentándose con dejarle todos los días el jornal á María, con cuyo auxilio, y el producto de sus labores gozaba esta de esa mediana, que tiene algo de feliz, á pesar de los apuros, que suele llevar consigo. Su padre le había ordenado que, pasado un mes despues de su muerte, leyese un papel, que le dejaba en un cajoncito, puesto á la cabecera de la cama.

María, fiel guardadora de los preceptos de su padre, se dirigió, suspirando en la tarde, que mentamos, y á la hora misma, en que se cumplía el plazo hácia el rincon, do estaba colgado el cajoncito, y cogiéndolo, sin dejar un instante de verter amargas lágrimas, leyó lo siguiente:

»María: Una joven como tú, no puede vivir sola en el mundo, sin exponerse á perder su honra, única herencia, que te han dejado tus padres. No tienes parientes, que te recojan, ni amigas que te acompañen, y aunque las tuvieras, no es bien nunca habitar agena vivienda. La soledad, en que te quedas, muerto yo y roto el juramento, que te ligaba á tu esposo; te fuerza á meditar con madurez cuanto conviene evitar al mundo ocasion de murmuraciones, que no por infundadas suelen ser poco acogidas.

»¿Además qué te prometes de un mundo, donde solo alcanza señalado favor la riqueza, que eclipsa con el brillo del oro las humanas debilidades, y donde la virtud pobre está expuesta á tales asechanzas y peligros, que no quiero encarecertelos; porque tu penetración, ó tu instinto será bastante á comprender los abismos que te cercan, los males que te amagan?

»Desde el fondo del sepulcro, que la muerte nunca rompe los lazos anudados por la virtud, tu pobre padre, que muere con dolor vivísimo, por dejarte, y que si le fuera posible, te arrastraría consigo á la eternidad, convencido de que no naciste para vivir en este mundo, opuesto á tu carácter; tu pobre padre te habla, seguro siempre de que atenderás á su voz, que aun resonará como aviso del cielo en tus oídos.

María besó con efusion el papel, empapándolo con ardientes lágrimas, que brotaban purísimas del fondo de su herido corazón.

«No des por mas tiempo ocasion á las maldicientes, ni esperanzas á los audaces; pues aquellos no alcanzan á comprender cómo una joven hermosa puede vivir, sin caer en el vicio, ni estos se persuaden á respetar la virtud desvalida, entregada á la pureza de su conciencia, y al patrimonio de Dios.

»En tu triste situación has menester de un hombre que sea tu escudo; de un hombre que honrado y bueno merezca tu amor y sea digno de protegerte; de un hombre que dulcifique tus penas, amándote con ese amor, sin el cual no es dado vivir á nuestra pobre naturaleza.

»María: si tu corazón no se opone con tenaz resistencia á ello, da tu mano al pobre Antonio. Amoroso, te servirá de égida contra el mundo; fiel, será tu

mejor apoyo; constante, no faltará á sus juramentos; virtuoso, comprenderá tu corazón; dado siempre al trabajo, aliviará tus penas, y será parte á remediar la triste horfandad en que te deja tu desgraciado padre.

»En estos días en que siento acercarse á mí con callado paso la muerte; en que veo cernirse sobre mi vida la eternidad; cúpleme pedirte perdon del triste caso que trajo sobre tu frente mi amor, y aconsejarte que si tu corazón prefiere la libertad ó ama á otro hombre, acuerde, trayendo á las mientes mi memoria, cuan leve es el soplo de la existencia, como es triste pensar que siempre corremos tras la dicha sin dar con ella jamás, y cuanto de grande y verdadero encierra el presentimiento de que solo allende la muerte corre abundante la verdadera fuente de la eterna vida, y del eterno amor.

No te importe que no tenga nombre que dar á sus hijos, pues no por el nombre, sino por la virtud se hace digno del aprecio de las gentes el buen ciudadano. María: estima como gustes los consejos de tu padre, libre ya de su tutela, tuyas son tus acciones, y tuyos con mayor razon, tus sentimientos, sobre los cuales jamás pretendí tener el dominio que da la fuerza, sino el influjo que da la persuasión; y si por inútiles ó perjudiciales los desoyeras, dedícame al menos una lágrima, que, cayendo sobre mi helado cuerpo, lo hará revivir de puro contento, ó levanta del fondo de tu alma una oración por mí que regocijará en el seno de Dios el alma de tu padre.»

CXXIX.

María dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Aquel era el testamento de su padre.

No debía decirlo. Sus razones eran valederas, sus consejos fundados. No podía vivir sola, no podía desahirse de Antonio, y su honor tampoco consentía que sus relaciones con este, aunque de suyo purísimas, fuesen íntimas. ¿Ernesto? pensaba para sí María. Ese sentimiento era su alma; pero Ernesto, á quien suponía casado con Eugenia, no podía ya con ella unirse, ni se acordaba de su nombre. ¡Empañados de la casualidad! Mientras Ernesto suspiraba por María, sin saber de ella nueva cierta, esforzándose vanamente por estrecharla contra su corazón y darle en holocausto su amor. María dudaba en dar su mano á un hombre, á quien no amaba, sino como ama el hermano al hermano, el amigo al amigo.

Cuando María estaba dada á sus reflexiones, fija la vista en aquellas letas trazadas por una mano temblona, dictadas por una inteligencia pronta á lanzar su postrer destello, entró Antonio, meditabundo y silencioso como siempre.

—¡Antonio! Lee, díjole María.

Antonio leyó anhelante la carta, y despues de interrogar con la vista á María, exclamó.

—Tú no me amas.

—Si, si. Te amo como puedo amar en la tierra.

Antonio cayó, al peso del contento, de rodillas, cubriéndose con ambas manos el rostro.

CXXX.

En aquellos días escribía lo siguiente Ernesto en sus memorias.

María: En vano te busco. Tú debes ser la felicidad, cuando así te ocultas á mis ojos. En tu frente vería renacer los santos días de plácida ventura, que ahuyentó el tiempo con sus negras alas. Tu aliento sería para mí como el aura santísima de las puras

playas de mi patria, tu palabra como nuncio de mi eterna ventura.

Morir sin verte, sin decir lo que oculto en mi pecho, sin pintarte el amor que me devora, es un castigo digno del hombre, que, por un momento, creyó hallar lejos de tí la felicidad en la tierra. ¡Oh! María, vuelve á posarte en mi corazón. Torna á ser mi guía. Enseñame á orar. Desde que te apartase de mí el fuego del amor divino se apagó en mi seno. En vano me lamento desde el fondo de mis dolores, buscándote anhelante; en vano te llamo al nacer el día, al hundirse el sol en occidente, en vano. Dios te ha ocultado para mí mal, y el destino se levanta entre ambos abriendo á nuestros piés un abismo.

CXXXI.

Ernesto, desengañado del mundo, sin haber logrado jamás saber nueva cierta de María, colgó su lira del olvido, y devorado por una horrible tristeza, volvió á buscar la felicidad, donde creyó que la felicidad no se albergaba, en los campos de su patria. La desesperacion le consumía.

No había logrado ver á María. Esperaba divisar su sombra en los patrios campos.

CXXXII.

Ernesto, que buscaba con insaciable ansiedad el bien y el amor, llegó á caer en la servidumbre de la duda y del desengaño. Nada encontró en los dorados salones, nada que fuese bastante á calmar sus penas. Buscaba el olvido, narcótico que solo se paga con la vida. El poder del mal es de suyo limitado, y el dolor se estrella tambien contra esta nuestra débil naturaleza, tan varia en sus deseos como misteriosa en sus pasiones. La pasión del amor fue poco á poco apagándose en su pecho. En el mar sin riberas de su conciencia se levantaba, á despecho de su propio arbitrio, la idea de la humanidad, y en el santuario de su corazón lucía el amor por tan santa causa. ¿Qué son todas las pasiones, sino tempestuosos huracanes, que mat de nuestro grado juegan con la vida? Logró adormecer sus memorias, y paró mientes en que la sacra lumbre del espíritu encendida por el soplo de Dios en la mente, es como fuego fatuo sino se alimenta con el amor al hombre, si no ilumina el progreso, germen do se oculta la felicidad de las naciones como en la semilla que arrastra el aura, se oculta la encina que resiste al furor de las tempestades y á los embates del tiempo. Ningun amor hay en este mundo tan grande, que se iguale con la excelencia del amor á la patria, como ninguna pérdida hay tan grande que el varon de ánimo fuerte no deba escoger antes que caer en la indiferencia por el bien público.

Ernesto sacudió sus aspiraciones á la felicidad, como si despertara de largo y dulce sueño; convino consigo mismo en que la desgracia tiene misteriosos atractivos y el dolor largos premios, pues suele ser poderoso ó á levantarnos del lodo de la materia, y á cenir á nuestras sienas la aureola de la virtud; y ahogando sus memorias, como hemos dicho, puso su deseo en redimir al pueblo que tras largos siglos de oprobiosa y dura servidumbre se alza en alas de la libertad á conquistar una esplendente corona, cuyos diamantes son las ideas de todos los filósofos desde Platon hasta Hegel.

Triste empresa, por cierto, acometió, sin mas escudo que su inocencia, sin mas armas que su palabra, sin mas auxilio que sus virtudes; sin mas esperanza que el martirio. ¡El martirio! ¿Qué significa esa palabra? Nada. El verdadero martirio es el olvido de los

hombres, el pasar por la tierra sin dejar ni un rastro de luz en el espacio, ni un santo recuerdo en la historia.

CXXXIII.

Nos hemos olvidado de Eugenia. En su jardín, á la luz de plácida luna, divierte sus penas, escuchando los gorgoros del ruiseñor, voz de los bosques, semejante al eco de una oración. En el éter de la tibia luz se baña el alma como en el aroma de las flores la blanca mariposa.

Eugenia padece: la felicidad ha huido del horizonte de su alma. Que mucho, pues, que pálida y triste, demudado el semblante, caidos los brazos, inclinándose sobre el pecho la cabeza, traiga á las mientes los días que no son, que no volverán á ser; días de plácida ventura, cuyo recuerdo emponzoña el alma, y llena de amargos desvarios el corazón.

Todo está silencioso. Los árboles suspiran heridos por la brisa como el corazón de Eugenia herido por el desamor. Parece que naturaleza duerme en brazos de la noche. Así el mas ligero ruido se oye á larga distancia. Sin embargo, la joven, embebida en su pensamiento, no oye los pasos de Eusebio, que desalentado se dirige á su encuentro.

—¿Tú aquí? dice la joven, sin manifestar ni sentimiento, ni extrañeza.

—¿Te pesa de mi venida?

—No. Hace tiempo que nada siento. Ni el placer, ni el dolor, tienen eco en mi alma.

—Pláceme tu romanticismo. Créeste ya curada de espantos.

—El dolor solo se cura con la muerte.

—Y con el olvido.

—¡El olvido! ¿Es dable olvidar, es posible?

—Es fácil.

—Para el ingrato.

—Tal es por naturaleza el hombre.

—No la mujer.

—La mujer es el hombre echado á perder, y de consiguiente es mas ingrata, si cabe.

—Abandonarme... abandonarme. Y yo le amaba con todo mi corazón.

—No te duela: que no ha de faltarte amor.

—Un alma como su alma no existe en el mundo.

—Si tal. Todas son hechuras de Dios.

—Aquellas sus palabras caian en mi corazón como el rocío en la flor.

—No te apures. Yo sé de memoria novelas sentimentales, y he de recitarte algunas páginas para que no echés de menos á Ernesto.

—Le dí vida, y me robó el alma, decía Eugenia, sollozando.

—No hay duda que le cupo en suerte á tal hombre variar tu naturaleza. Mas... hay un placer que no has saboreado, un placer que no tiene límites...

—¿Un placer!

—¿Qué placer?

—La venganza.

—Oh... no, no... Eso es horrible. No cabe en mi corazón que le ama tanto.

—Mira, Eugenia. Hagamos la autopsia del amor. Ya que tan dada eres á filosofía, examinemos esa pasión.

—Es aire, de que respira el alma, luz que la alumbraba. Sin amor la vida se agota, y el corazón está envuelto en tinieblas.

—Esas palabras no son otra cosa sino generalidades que nada significan. ¿No consiste amor en armonizar dos naturalezas, en unir dos almas?

—Si.

—¿Hay armonia mas verdadera que el dolor, ni lazo mas fuerte que la desgracia?

—No.
—Pues si tú padeces, y Ernesto es feliz, ¿qué mucho, si le fuerzas con tus venganzas á padecer como padeces, y á llorar como lloras?

—¡Eusebio!
—La venganza, Eugenia, la venganza es la vida: la venganza es la luz. La mujer que no aborrece al hombre, que ama, é ingrato la abandona aun, no es mujer.

—Si, tendrás razon.
—¿Puedes dudarle? Todas esas lágrimas que viertes, deben caer cual plomo derretido sobre su corazón; todos esos dolores que sufres, arrollarse á su cuerpo como serpientes; todos esos desvarios que te asaltan, ahogarle como diluvio de horribles penas; y esa desesperación que te agita, convertir debe su alma en un desierto do jamás vuelva á brotar la flor de la esperanza.

—Ha sido conmigo muy cruel.
—Y si ahora encontrara á María, que felizmente huyó, cuando tú insensata te prestaste á devolvérsela á su corazón, si fuera feliz en sus brazos, mientras tú lloras en brazos del desengaño, si alguna vez se burlara de tus penas...

—¡Oh! No tendría yo perdon de mí misma. Es verdad, es verdad. No debemos ser buenos en la tierra.

—¿De qué sirve la virtud?
—Mira. Voy á comenzar dándote algunos saludables consejos. Empieza por amarme.

—No puede ser.
—Por fingir que me amas.
—Ya eso es distinto.
—Sigue por imposibilitar todo encuentro con María.

—Lo haré.
—No olvides que su felicidad pende de María.
—No lo olvidaré.
—Venganza. Venganza. Eugenia.
—Venganza. Si.

—Empieza por volver á tu antigua vida, á tus orgías. Ya ves que el mundo, ni olvida, ni perdona.
—Es verdad, es verdad. Aquí me asesina la soledad. Allí, en Madrid, en el festín, en el placer, es hacedero el olvido.

—Después la copa que rebosa licor, que fermenta, el beso que aleja dolores que matan, la voluptuosa música, dulce lenguaje del amor, que es alma de todo ser, la radiante hermosura que gana corazones, cuya es la felicidad, convidan al olvido, al placer, que acaso sean las únicas realidades del mundo.

—Y la venganza, añadía Eugenia, la venganza... ¿qué hermosa es!

Daréle á entender que eran mentira mis afanes, amarga burla mis amores.

Serás tú, tú, el fingido objeto de mi amor, y sobre su alma caerán todas las tempestades del dolor que han de provocarle mis encendidas iras.

CXXXIV.

Eusebio había logrado un triunfo. En el diluvio de males que habían llovido sobre su cabeza, solo le restaba para salvarse que Eugenia, aluzinada por la venganza, volviese á sus antiguas orgías, de las que sacaba gran provecho su exausto bolsillo, aunque poca honra su manchado nombre. ¿Qué le importaba? Habíanse cerrado las cortés, flores de un día, que para mengua de nuestras venerandas tradiciones, apenas nacen, mueren bajo la espesa lava del despotismo ministerial (1), y Eusebio llevado de su ambición, no ha-

(1) No se olvide la época á que se refieren estas palabras.

bía querido admitir livianos favores, sin pensar que tal propósito podía perderle como sucedió á poco tiempo, pues muerto su tío, cerradas las cortés, encontróse sin vivienda que le acogiese, sin esperanza que le alentase. Eugenia le salvó de la miseria. Estos crímenes mas que odio merecen compasión. El hombre que así se arrastra en el lodo del pecado, pierde el reflejo de la verdad divina, que resplandece eternamente en la conciencia. Como la virtud eleva al hombre hasta el cielo, y lo confunde en el seno de Dios; el crimen le arrastra hasta anonadarlo á sus plantas, corrompiéndolo con horrible podredumbre, semejante al ponzoñoso hábito de la muerte.

CXXXV.

Ernesto cansado de la penosa vida que arrastraba en Madrid, volvióse á su antigua vivienda como la golondrina, cansada de cruzar los tempestuosos mares, se posa amorosísima sobre el nido que abandonara. No trataremos de pintar sus emociones. La patria es como la religión, un misterio. Así cuando volvemos tras largos años de ausencia á visitar el lugar do se mecía nuestra cuna, el alma siente un estremecimiento de santa religiosidad, como el que debe sentir el ateo, que abandonando sus creencias entra en el templo, do un tiempo fue feliz, tributando á Dios las oraciones de su alma dorada por el rayo de la fe, encendida en el eterno fuego del amor divino.

¿Qué profundas fueron las impresiones de Ernesto! Era al nacer el día su llegada. El sol se levantaba como si rompiera la cárcel de los mares, derramando su lumbré como una gasa de oro sobre valles y montes. Era para Ernesto aquella luz como purísima emanación de su alma; pareciale que brillaba con claridad mas nueva como si fuera el resplandor de la verdad absoluta, que, descendiendo de la mente de Dios, penetraba en su conciencia.

El canto de las aves llevado en alas de las brisas heria sus oídos; y Ernesto en aquellas dulces armonías, imaginaba escuchar los ecos del eterno arte arrancadas por un ángel invisible á la divina arpa llamada naturaleza.

Ademas de estos delirios de poeta, se levantaban en su alma sentimientos dulcísimos. ¿Cuántas veces aquellos árboles que sacudían sus copas esmaltadas con las argentadas lágrimas del rocío, le habían prestado grata sombra en las calurosas siestas; horas en que el mar calla como si durmiese, y las hojas de los árboles no se mueren, y tempestuosa calma pesa con inmensa pesadumbre sobre la dormida naturaleza, y solo se oye el triste chirrido de la melancólica cigarra.

¿Cuántas veces había recogido de aquel campo flores y tejido con ellas una corona, do solía esconder algunas luciérnagas que brillaban en la oscuridad cual si fuesen estrellas descendidas del cielo, para gozarse en ornar la frente de su amada!

Allí, niño, había poseído la inocencia exenta de temor, la pasión llena de ilusiones, la fe sin nubes, la esperanza sin recelos; allí había sido libre con la santa libertad de la naturaleza, amante con el santo amor de los ángeles; allí había fingido un mundo iluminado por la virtud, abierto á todas las grandes aspiraciones, cerrado á la maldad; allí había soñado que el ángel de la gloria le regalaba corona de poeta, palma de mártir; allí conducido por la inspiración profunda de su propio ser, había unido su cantar á los sublimes acentos de la naturaleza, al huracán, al trueno, ecos de la voz de Dios que retumbando ruedan sobre la inmensidad de los espacios, y transformando con su inspiración la naturaleza, cielos, mares, bosques y prados, eran santuario de su divino amor. Las lágrimas que se habían secado en sus ojos, tornaron á brotar como si

el aire del patrio suelo vivificase con sus regalados besos su yerto corazón. Si: que en la vida solo es doloroso lo presente. Lo pasado tiene siempre encantos, lo porvenir siempre halagos. ¿Cuántas veces solemos sonreír placidamente al recordar días de prueba en que fue presa nuestra alma de horribles dolores, y cómo ansiamos acelerar el tardo paso del tiempo, para acercarnos á un porvenir do sabemos ciertamente que esconde su guadaña la muerte. ¿Si el dolor no será? ¿Si estaremos condenados á padecer, pudiendo levantarnos en espíritu sobre las tempestades de la vida, y llevando encerrada en nuestra mente la felicidad, la plácida felicidad de la indiferencia?

Si alguna vez tras larga ausencia apartados de la naturaleza en este blanqueado sepulcro, que se llama corte, volveis á vuestra patria, y esa patria es un valle, cuán hermosas no os parecerán las azules montañas, el límpido horizonte, las flores que embriagaron con su aroma el alma, el ruido de la fuente que acompañó con su blando susurro la primer canción del primer amor, poesía del corazón, el árbol que os dió regalados frutos, y el campo esmaltado de mariposas que revoloteaban en los aires como las primeras ilusiones en la imaginación, la voz de la campana del santuario, á cuyo eco os postrabais en tierra, y poniendo los ojos en el cielo, sentíais desvanecerse los misteriosos velos que ocultan al Eterno, conociendo la mística armonía que existe entre Dios, la naturaleza y el hombre. Sin embargo, todo nos da hastio.

¿Cuán feliz es el que muere niño! No llega á saber que hay un día en que la patria nos cansa, y la inocencia nos abandona, y la felicidad nos deja huérfanos, y nos convertimos en esclavos de la ambición, y suspiramos por espacios vastísimos para correr en pos del engañoso fantasma de la gloria, que vestido de mil colores toma todo linaje de formas, sin tener otra realidad que la muerte; y afanosos por luz levantamos en la conciencia solo sombras, y anhelantes de paz, arremolinamos en nuestro pecho tormentas, y después de largos combates llegamos al dintel de la muerte, desamparados del ángel de la fe, que nos cubriera un día bajo sus blancas alas, y cargados de dudas que nos abruman con su inmensa pesadumbre, cual si en castigo de nuestro desmesurado orgullo nos fuera dado gustar tan solo el amargo calor del dolor.

CXXXVI.

Ernesto se aproximó á casa de María. Todo estaba en silencio. Las ventanas cerradas, los alrededores abandonados, secas las flores; aquel templo de su felicidad se había convertido en un sepulcro. Después de haberla contemplado por breve espacio de tiempo, encaminóse al peñasco, do solía esperarle su amada. El mar sonreía como si gozase en contemplar el amargo dolor de Ernesto; los árboles murmuraban como si se quejasen condolidos de sus penas. Ernesto, luchando vanamente por contener sus lágrimas, cayó de rodillas ante aquel ara abandonada y pronunció estas palabras.

Maldito sea el instante en que la ambición eclipsó mi amor.

CXXXVII.

La vida en la poesía, la poesía en la soledad, parecíanle á Ernesto extremo de ventura. Así volvió á pulsar las cuerdas de su lira. En el hombre el arte se desenvuelve como en la humanidad. En la infancia gusta el artista de la poesía lírica. Tal sucede en los primeros periodos de la vida social. El hombre siente

y ama, como ama y sienten los pueblos primitivos. Andando el tiempo crecen las relaciones sociales, y crecen las relaciones del hombre con la naturaleza. Entonces nace el teatro. Así entrando en la vida conoce el poeta las varias modificaciones de lo bello, los varios modos de ser de los sentimientos, y para abarcarlos en un cuadro se da gozoso á cultivar el drama. Ernesto, otra vez poseionado de su inspiración, que parecia escondida como blanca nereida en la azulada concha de los mares comenzó por escribir un drama.

CXXXVIII.

Hay autores que dan en creer extremo de perfección á todo drama, que pinta fielmente la realidad de la vida. Para conocer lo absurdo de tan extraña opinión basta traer á las mientes el verdadero fin del arte. El arte consiste en dar forma á lo infinito. La catedral de Toledo, con sus arcos, que sostienen las elevadas bóvedas, con sus filigranadas cúpulas muestra claramente que lo infinito resplandece en su conjunto, y es la unidad suprema, que ha tenido en cuenta el artista, para llevar á su término tan prodigiosa obra. Los cantos de Mozart, que parecen torrentes de ideas nacidas de la inteligencia de Dios, y reveladas al mundo en armoniosísimos sonidos, son también un eco del cielo perdido en la tierra. Las vírgenes de Murillo, que brillan envueltas en una atmósfera dorada por los albores de la gloria, luciendo en su místico mirar un reflejo de la eternidad, coronadas de estrellas, vestidas con el color del firmamento, y con la blanca túnica de la inocencia, asentadas sobre la luna, teniendo á sus piés el genio del mal, sin duda para que la negación haga resplandecer con claridad mas nueva su belleza, parecen las místicas oraciones de los cristianos, que al caer la tarde, vuelan al trono de Dios. De suerte que todas esas preciadas obras del artista no son otra cosa que la escala levantada por el espíritu humano entre la luz del cielo y la oscuridad del mundo, para hacer descender la inspiración de Dios, y hacer subir á Dios las almas, á Dios, principio y término de todo lo existente, centro de lo posible, luz, do heben sus fulgores los astros, fuente que derrama vida en la creación, esencia del alma que arroja con su aliento la semilla de los seres en los espacios y el germen de las ideas en la conciencia.

CXXXIX.

Lector: júzgote cansado de oír todo este linaje de despropósitos: que tales parecen mis desvarios. Sin embargo, te ruego que cuando pares tu atención á considerar una obra de arte compadezcas al artista; pues no hay dolor semejante al dolor del que afanoso corre en pos de formas para dar existencia á una idea. ¡Ah! El pobre hidalgo de la Mancha, honra y prez de la andante caballería; aquel valeroso guerrero, cuyas fueron las mas portentosas hazañas, que jamás haya cantado la gloria; aquel adalid, que tantas veces habrá dado alegría á tu corazón, risa á tus labios, ha costado á su inmortal autor, amargas lágrimas, hondísimos suspiros. Siempre luchando el hombre con la materia, sin poderla domeñar, y manejándola sin embargo hasta el extremo de convertirla en hechura de sí mismo, en cuerpo de sus pensamientos.

CXL.

Dice el proverbio. «Por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un ca-

«bello un caballero.» Tiene razon el proverbio. Ernesto era como esos que se dejan llevar de su imaginacion arrebatadora, sin parar en menudencias, que han menester gran seso, y no escasa atencion; pues, á veces, suele suceder á obras de gran precio que se pierden, y son inútiles, solo por faltarles un grano de arena en el cimientito. Bien al revés de como suele acontecer con la mayor parte de nuestros literatos, buscaba siempre la inspiracion en la eterna fuente de la vida, en Dios. Pero estas calidades, que podian hacer de nuestro héroe un gran poeta lírico contrarrestábanle para ser poeta dramático. Sin embargo, vencióse á sí mismo, triunfo señalado, que á pocos es dado alcanzar en este bajo suelo, y domeñando con sin igual constancia sus arrebatos líricos, compuso un drama, en su diálogo animado, profundo en sus pensamientos, lleno de vida, sobrado de inspiracion; drama que pintaba con todos sus colores su triste historia, idealizándola de suerte que rayaba en lo sublime. Su martirio fue grande, al recordar su vida, sus perdidos amores, sus engañadoras ilusiones; pero aquella vida del sentimiento ya apagada, era su contento, su verdadero placer, y como el artista busca siempre en sus obras soles que le reflejen, principalmente desde que el arte se ha individualizado, como en nuestros dias, Ernesto depositaba en aquella obra sus lágrimas y sus dolores.

CXLI.

Hubo un dia en que llegó á creer que amaba el arte por el arte. Creía Ernesto que cediendo á su inspiracion lograba vivir solo con su pensamiento, sin necesidad del publico, como si el arte no cobrara nueva vida, cuando se derrama en la conciencia de las gentes. Pero despues que llevó á cima su obra, y leyóla, y relejóla, como acontecer suele á todo poeta, quiso que el público la hiciese suya por la admiracion y en aquel punto puso su pensamiento en volver á Madrid. No le bastaba que su corazón gozase á orillas del mar en oír de su propio acento, aquellos versos, que tomaban mayor realce, acompañados por el sublime cantar de las ondas alteradas; queria ver como la multitud se agrupaba en su alrededor para saludarle, y como su nombre era llevado de boca en boca, hasta resonar en los oídos de María. Además, la venganza, que tanto nos halaga, mal de nuestro grado, tenia no poca parte en sus planes, pues ansiaba alcanzar un lauro, á fin de que Eugenia llorase nuevamente su lastimosa pérdida.

En todas las acciones del hombre, en sus mas levantados propósitos y sublimes empresas, échase de ver constantemente su amor propio, instinto, sin cuyo auxilio seria imposible vivir en las condiciones de triste desigualdad, en que á naturaleza cupo colocarnos; y Ernesto, perseguido por la desgracia y por el amor desamparado, reconcentró todas sus pasiones en sí mismo, afecto natural si atendemos á que no tenia en gran estimacion á los hombres, aunque amaba á la humanidad.

CXLI.

Ernesto volvía á Madrid á dar al teatro su produccion. Hé ahí la lucha del corazón con la cabeza, del sentimiento con la idea. Cuando salió de Madrid le parecia que en los campos se hallaba guardada la felicidad. Llegó á su vivienda, y tornó á trabajar para volver á Madrid. La vida es un círculo vicioso. El año sucede al año, un acontecimiento á otro acontecimiento, una lucha á otra lucha; y siempre que-

da en el fondo del espacio, como en la esencia del tiempo algo, que se reproduce sin cesar, y sin cesar muere, como si las cosas fueran ideas, ó como si las ideas fueran cosas. ¡Iba á Madrid! ¡Oh! tal vez recibirá una nueva herida en el corazón, ó una nueva herida en la frente.

CXLI.

Ernesto habia encontrado inspiracion en su patria, y deseaba encontrar aplauso en Madrid. Había llegado su pasion por el drama, que escribiera hasta el delirio. Jamás padre alguno amó con amor tan entrañable á un hijo. Apasionado por naturaleza; conforme perdía amores, ganaba afectos por el arte. En el arte resplandecía su alma con suave resplandor. Todas sus aspiraciones é ideas se convertian en relámpagos de su propio ser. Llegó por fin á Madrid.

Su primer pensamiento fue buscar un teatro para su drama. Alcanzó una recomendacion para el primer actor de la corte. Creyóse feliz. Encaminóse á casa del artista. Le faltaba tiempo para realizar su aspiracion. Entró en la casa. ¡Qué desvariado lujo! Las paredes ornadas con ricos tapices de seda, los suelos cubiertos de alfombras, cuadros de subido mérito, sillones que envidiaría un rey, todo cuanto la vista alcanzaba, lucía como si fuera habitacion de un gran señor; de suerte que nuestro héroe temia haberse equivocado: tan extraña le pareció aquella inmensa riqueza. En cambio, visitada la casa de nuestros mejores poetas, y encontrareis en ellas la habitacion de la miseria. Despues de largo espacio le anunciaron, que podia entrar á un próximo gabinete.

Ernesto se halló frente á frente con un hombre alto; pero enjuto; de regulares facciones, que le miraba con insultante desden.

—¿Qué se os ofrece? dijo el caballero.

—Quisiera presentaros un drama.

—Mala razon habeis escogido.

—¿Por qué?

—Andan los tiempos de suerte que el teatro está siempre vacío.

—Mayor razon, por arriesgarme en esta empresa. Pláceme las contrariedades.

—¿Tanto fiais en vuestro ingenio?

Ernesto distraido, pues contemplaba un cuadro dijo:

—Tanto.

Sonrióse el actor, al ver el exagerado amor propio de su humildísimo pretendiente.

—¿No sois conocido en la república de las letras?

—Hubo un tiempo, en que la prensa habló mucho de mis pobres producciones; pero creo que todos me han olvidado ya.

—Es tan natural el olvido, dijo Federico, que así se llamaba el actor.

—Pero debemos huir de él como huimos de la muerte, añadió Ernesto.

—Mas al fin, es como la muerte, seguro.

—No lo creais. Calderon venció á la muerte, conquistando un recuerdo inmortal en la memoria de los hombres.

—¡Calderon era Calderon! dijo Federico, marcando con intencion aquellas palabras.

—Teneis razon. Mas Dios no se cansa jamás de enviar genios á la tierra, mensajeros de su gloria.

—Veamos el drama. ¿Es histórico?

—No.

—Lo siento. Los dramas históricos gustan mucho.

—Yo quiero mas adivinar lo porvenir que resucitar lo pasado.

—¿De costumbres?

—Tampoco.

—No es fantástico; antes está tomado de la vida real.

—Entonces no se puede clasificar este drama.

—Tal creo.

—Malo.

—¿Por qué?

—¿Los críticos!

—¿Os espantan?

—No pueden sufrir que el drama falte á las reglas de poética, que aprendieron allá en la escuela.

—¿Donde están los críticos?

—¿Extraña pregunta? exclamó admirado Federico.

—¿Os asombra mi pregunta?

—Sí; á fe de quien soy.

—No entiendo por crítica parar mientes en menudencias, que á nada conducen; en si el teatro se quedó solo, si el monólogo es largo, si el verso es corto; si las escenas pesadas; si los actos ligeros.

—¿Pues qué entendeis entonces por crítica?

—Entiendo que es deber del crítico alzarse al cielo en alas de la inspiracion, contemplar frente á frente la idea, cuyo es el tipo del arte, sondear con mirada de águila las profundidades del pensamiento, oceánico, cuyo fondo solo alcanza á distinguir sobrehumana intuicion, y desde el alto asiento de la filosofia, superior á las preocupaciones, y á toda suerte de pasion ageno, mostrar las maravillas del arte, sagrado templo, que como naturaleza encierra infinitos misterios.

—Mucho exigis del crítico.

—Mas exige la razon.

—No creo que haya de ser poeta.

—Mas que poeta ha de ser.

—No alcanzo la causa.

—Solo el que siente la belleza puede apreciar la belleza.

—Pero de sentirle á darle forma, media un abismo.

—Es verdad. Mas no creais que es artista solo aquel que alcanza á dar cuerpo al pensamiento. Tambien lo son esos hombres, que tienen la idea de la belleza en su mente, y no se atreven á profanarla, visitándola con el ropaje de las formas.

—Volvamos á vuestro drama. ¿Habeis tardado largo tiempo en escribirlo?

Ernesto movió impaciente la cabeza, cansado de tan largo como extraño interrogatorio y dijo con desden:

—No recuerdo. . .

Picóle en lo mas vivo de su amor propio la respuesta al actor; mordióse los labios, y se levantó diciendo:

—Caballero, examinaré vuestro drama. No creais que para admitirlo, me dejaré llevar solo de mi consejo. Suelo siempre asesorarme de buenos literatos. Reconoced por vuestra esta casa.

Ernesto salió de casa del artista gozoso, muy gozoso, muy gozoso. Creía ver un mundo de gloria encerrado en los horizontes del porvenir.

CXLI.

El buen actor solia asesorarse, es verdad; pero se asesoraba de Eusebio. Así, inmediatamente que recibió el drama, lo envió á su pontífice; para que diese la sentencia cuya sentencia estimaba siempre el buen artista infalible.

Eusebio, despues que recibió el drama no paró en él mientes, como solia, hasta que aburrido un dia, y hastiado de su esclavitud, que no otra era su condicion al lado de Eugenia, pasó por él para divertir su mal humor la vista, maravillándose de la letra, tan parecida á la de Ernesto. Leyó seguidamente y su

atencion herida por la hermosura de los versos, reconocia desde luego la mano, que habia escrito aquellos renglones, y el pensamiento, que habia dictado aquellos divinos cantares.

—Eugenia, Eugenia; gritó el jóven, saltando de gozo.

Eugenia entró precipitada en la estancia.

—Dios nos lo envia, dijo Eusebio.

—No te entiendo.

—Ha caido en nuestro poder.

—Explicáte.

—Sonó la hora.

—Ya me cansas con tus enigmas.

—Mira, mira. . . y le enseñaba el drama.

—¡Letra de Ernesto!

—Pues.

—Es suyo, suyo.

—¿Qué?

—Este drama.

—No comprendo.

—Que tarda eres en comprender. . .

—Y que oscuro tú para explicarte.

—Este drama pende absolutamente de mí. . .

—¿Qué esperas?

—La venganza.

—Es verdad. Lo habia olvidado.

—Tambien yo he recibido de Ernesto agravios, que piden una sangrienta satisfacion.

—¿Vas á negarle la aceptacion?

—No. Podemos darle un golpe mas mortal que abra honda herida en su pecho.

—Déjame, déjame leer algunas escenas.

—Oye ¡qué pintura tan hermosa del amor! decia Eusebio, leyendo unos magníficos versos.

—¿Qué feliz será la mujer, que reciba tributos de ese tan rendido corazón!

—Pues bien, Eugenia, yo arrancaré con mis propias manos á ese ángel su corona, yo romperé su lira.

—No, no, que eso es privar de un rayo de luz divina á este bajo suelo.

—Ja. . . ja. . . Me provocan á risa tus continuos desvarios.

—¿De qué sirve un poeta en la tierra? Es un poeta como un papagayo, como un perro faldero; destinado solo á divertirnos en los momentos de ocio.

—Calla, calla por Dios. No profanes esa palabra.

—De modo, Eugenia, que esos versos te han ablandado hasta el punto de renunciar á tus proyectos, á los proyectos, que acariciabas con tanto amor, con tanto empeño.

—Sí.

—¡Desgraciada! Labras con tus propias manos la dicha de tu rival.

—Yo. . . yo. . .

—Tú, tú. Los aplausos de las gentes le llenarán de orgullo, las coronas, que le ciñe la gloria, ensoberberán su corazón.

—¿Y que?

—¡Cuán inocente eres! Llevará esa corona á las plantas de su amada.

—Es verdad, es verdad. Me has partido el corazón. Yo no consentiré que sean felices; no puedo consentir tamaño agravio inferido á mi amor. La gloria, su gloria, que yo queria para mí. . . Eusebio, Eusebio. ¿Qué me vengue de él! ¿Y de tí no debo vengarme? ¿No fuiste tú, tú malvado, el que arrojaste entre ambos la discordia.

—Y aun te parece pequeño castigo sufrir un dia, y otro dia tus caprichos, oír siempre tus gemidos, sobrellevar tu mal genio, seguirte, á guisa de lacayo, por esos mundos de Dios, viéndome siempre menospreciado, y mal herido por tu esquivia altivez, por tu insensata soberbia.

—¡Verme precisada á causar daños al único ser, que me ha hecho feliz!

—Jamás te amó, Eugenia, jamás. ¿No le oías suspirar siempre por su perdido amor? ¿No le dedicabas tus pensamientos, su lira?

—Mas no era yo entonces tan desgraciada como ahora.

—Pues renunciemos en buen hora á todo proyecto. Ellos se amarán. Sean, sean, felices. Su vida será un sueño; su muerte el despertar á la eterna vida.

—No me atormentes.

—Gozarán juntos la admiración de las gentes.

—Me vuelvo loca.

—El dirá que su inspiración es María, que su idea es María, que María es su cielo.

Eugenia sollozaba.

—Y tú insensata devorarás en silencio tus lágrimas, tus dolores.

—No, no, no puede ser.

—Y sus palabras de felicidad, de amor resonarán en tus oídos como un eco del infierno, mientras ellos las creeran cánticos de los cielos.

—Eusebio. No puedo tolerar que así me asesines.

—No te asesino yo; te asesina la verdad.

—Pues opengámonos, opengámonos á su triunfo.

—Así te quiero. Tus facciones fueron creadas para la ira. Tu rostro resplandece con sin igual hermosura, cuando refleja odio.

—¿En qué piensas?

—¿Qué tú me lo preguntes! El drama se pondrá en escena. Pero será silbado.

—¿Santo cielo! Es matarle.

—¿No era su abandono tu muerte?

—¿Y me abandonó!

—No le dijiste un día y otro día que sin él no te era dable gustar felicidad, ni en la tierra, ni en el cielo.

—¿Y me dejó!

—Pues si vincula sus esperanzas en el arte; si ha puesto su amor en la gloria; si espera ansioso atravesar el límite de los tiempos, y vivir con la vida del genio en la inmortalidad; levántate, y destruye y anonada y aniquila su ambición como él destruyó, aniquiló y anonadó tu ventura.

Eugenia levantó ambos brazos al cielo en señal de desesperación. Pero calmándose, como quien ha tomado una suprema resolución, dijo:

—¿Y qué piensas?

—Vengarte, y vengarme.

—¿Tú también quieres vengarte?

—Sí.

—¿Qué agravio te infirió?

—Oh! Un día, que nunca olvidaré; hirió, con alevé mano mi rostro, robándome el honor.

—¿Y no le desafiaste?

—Dejemos esto.

—¿No le desafiaste?

—No es bien recordar pasadas historias.

—Prosigue.

—Hemos de conspirar contra su reputación, contra su nombre.

—Bien.

—Tomaremos todo el teatro la primer noche....

—Oh! Comprendo, comprendo tu intención.

—Y todos, todos silbarán, y caerán en el suelo sus esperanzas...

Eugenia dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¿En qué piensas?

—Pienso que somos muy perversos.

—Ahora caes en eso.

—Pienso que no debíamos haber nacido.

—No fue culpa nuestra.

—Pienso que mañana tal vez nos perseguirá el remordimiento.

—Para tener remordimientos, precisa tener conciencia.

—Y nosotros no la tenemos.

—Eugenia, Eugenia. Ya veo que vas á parar en devota.

—No. En loca pararé.

—Abandona esos desvarios.

—El crimen, el crimen ha embriagado mi alma. En medio de las tormentas de la vida... yo veo lucir el bien. A pesar de mi desgracia, yo amo la virtud.

—Pero Dios te ha privado de la felicidad.

—Y contra mi voluntad, contra mi constante deseo una fuerza sobrehumana me arrastra al mal; como si todos los elementos de la naturaleza, y de la sociedad se hubieran conjurado contra mí.

—Desecha penas. Esta noche tenemos baile.

—No me divierto.

—Cuando tantos te rinden su corazón; es por extremo criminal tu ingratitud.

—Nada dicen á mi corazón sus palabras.

—La riqueza de tus salones...

—Brilla á mis ojos con la palidez de la muerte.

—Los acentos de la música...

—Taladran mis oídos como agudos ayes de agudísimo dolor.

—Ay, Eugenia. No hay manera posible de su sufrir tu llorar, tu gemir.

—Déjame.

—No puede ser.

—Déjame, Eusebio.

—¿Te canso?

—Sí. Déjame un instante.

—En mal hora te conocí.

—Si dices tú eso ¿que no diré yo?

—Aun puedes quejarte; cuando soy tu esclavo.

—Vosotros, jóvenes, vosotros me enseñasteis á ser esclava de mis pasiones.

—¿Jesús! ¿Qué gazmoñería! Ni una monja se valiera de tales palabras. Ave María Purísima. ¿Qué escrupulos!

Y la remedaba Eusebio. La joven jamás resistía al ridículo, y después de oír estas frases, lanzó una carcajada, exclamando:

—Vamos, soy muy loca. Gocemos, gocemos: que para gozar nacimos.

—Gracias á Dios. Sonríete, Eugenia, sonríete con la esperanza del placer. El dolor desfigura y empaña el rostro. No conoces tus intereses, no los conoces.

—Sí, voy á preparar el baile.

—Yo la venganza.

—Convidaré infinidad de amigos.

—También yo para el teatro.

—Ay, Eusebio, yo quería desechar esa idea.

—No, no. ¡La venganza es la única satisfacción, que merece el dolor!

—La venganza... ¿Cúmplase!

—Voy á prepararla...

—Adios, Eusebio.

—Piensa en la venganza.

—Sí, sí, corre.

—Bendita seas: pues al fin conoces la razón.

CXLV.

Eusebio se dió á correr casi hácia la casa de Federico. En su camino encontró á uno de sus antiguos compañeros de glorias y fatigas que el paciente lector no habrá olvidado.

—¿Hola Ramon!

—¿Querido Eusebio!

Es de notar que como nuestro ex-diputado gastaba muchísimo en esta sazón, no habia perdido sus amigos.

—Te necesito.

—Sabes que estoy á tus órdenes.

—Has de organizar una silba espantosa, tremenda, como jamás se haya visto otra en el mundo.

CXLVI.

—Dame municiones, y yo daré la batalla.

—¿Cuanto dinero quieras te daré! y aun mas; porque va mi honor en esta empresa.

—Manos á la obra. Ya sabes que no me paro en barras. Cuando gustes, avísame.

—Advierte que ha de ser ruidosísima.

—Como dispuesta por tí; y aceptada por mí.

—Así es. Adios, Ramon.

—Adios, Eusebio.

Llegó por fin, á casa de Federico.

—¿Como por aquí V., querido?

—No he podido refrenar mi impaciencia.

—¿Pues qué sucede?

—Este drama es magnífico, es de primer orden.

—¿De veras?



La Baronesa.

—Jamás se ha visto cosa igual en Madrid.

—Me alegro.

—Honraria á Calderon.

—¿Con qué me dará muchas entradas?

—No sabré yo decirlo.

—Que me place.

—Sí, sí, Federico. Ponedle en escena lo mas pronto que sea posible.

—Seguiré vuestro consejo.

—Tened entendido que no os habeis de arrepentir.

—Jamás os habeis engañado.

—Y hoy menos que nunca.

—¿Tiene buen papel de galán?

—Sobrehumano.

—De suerte que será un refuerzo...

—Excelente.

—¿Es trágico?

—Digno de Racine.

—Y ya sabeis que lo trágico es mi fuerte.

—Imagino veros cubierto de laureles.

—Estoy loco de contento. ¡Y le recibí con tanto despego!

—Mal hicisteis.

—Diréle que vos...

—No, por Dios. Ya sabeis que os tengo prohibido que digais á nadie, absolutamente á nadie este favor, que por distraerme, os hago.

—Me habia olvidado. No lo haré. El contento me tiene vuelto el seso.

—Conque pronto; pronto, pronto, distribuido; y fiad en mí que no se habrá visto otro portento igual en nuestra escena.